

Los moteros
del *Midway* 2



Patricia Sutherland



Resumen

¡Las historias de la serie *Moteros* que siempre has querido leer!

Amor, enredos y muchas sorpresas es lo que encontrarás en este esperado extra que da voz a tus secundarios favoritos, acompañados, por supuesto, de los protagonistas “estrella” de la serie: Dakota, Evel y Dylan.

Con un formato similar al de una serie televisiva y una narración ágil, te enganchará desde la primera página y no podrás parar de leer.

Los moteros del MidWay 2 es la segunda temporada de las tres que componen este extra tan especial de la Serie *Moteros*.

¡Cómprala ya y empieza a disfrutar de tus moteros preferidos!

Secuencia de lectura recomendada:

Princesa. (Serie *Moteros* #1)

Harley R. (Serie *Moteros* #2)

Harley R. Entre-Historias. (Serie *Moteros* #2.1)

Lola. (Serie *Moteros* #3)

Lola. Entre-Historias. (Serie *Moteros* #4)

Los moteros del MidWay, 1 (Extras Serie *Moteros* #1)

Los moteros del MidWay, 2 (Extras Serie *Moteros* #2)

Episodio 1

Lunes 4 de enero 2010, por la tarde.
En un gimnasio.
Ciudadela, Menorca.

Cuando el móvil empezó a sonar, Andy lo miró con furia contenida. Si sus ojos pudieran emitir rayos, el bonito dispositivo que le había regalado su novio, habría quedado reducido a partículas en un instante.

Desde que el dueño del regalo se había marchado, la rabia de Andy tenía un segundo objetivo del que ocuparse. Si la intromisión de su tío y descubrir por accidente que los dos le habían mentado había empezado a calentarle la sangre, la facilidad con que Dylan se había retirado con aquel “como quieras”, le había puesto la guinda al pastel. ¿Quién reaccionaba de esa forma ante una monumental metedura de pata? Sólo se le ocurrían dos alternativas y ninguna de las dos eran buenas. O alguien muy culpable, o alguien que se cree demasiado hombre para que su novia veinteañera pretenda ponerle los puntos sobre las íes.

Descubrir que la llamada no era de Dylan no hizo sino revolverla aún más.

La muchacha exhaló un suspiro, se quitó los guantes de entrenamiento y tomó el móvil que había dejado en el suelo, junto a su toalla.

—*Chica, ya estaba a punto de colgar...* —oyó que Tina le decía.

—Sí, disculpa... —repuso Andy al tiempo que se sentaba en el suelo—. Es que estaba entrenando y no lo oía sonar...

—*Bueno, cuéntame cuáles son esas noticias que decías en tu mensaje.*

Andy dobló la rodilla y apoyó el codo en ella mientras sostenía la cabeza sobre la palma de la mano. Se restregó el cabello como si esa acción instintiva tuviera el poder de clarificarle las ideas. No sabía qué responder. Estaba allí, aporreando una bolsa de arena, en un intento de rebajar su enfado a niveles tolerables para poder regresar a casa sin alarmar a su madre, y lo último que le apetecía era rebotar la rabia hablando de lo sucedido unas horas antes. Pero le había dejado a Tina el bendito mensaje y no podía dar la callada por respuesta.

—Eran buenas, ya no tanto —dijo la muchacha.

—*¿Cómo es eso?*

Andy respiró hondo procurando no volver a perder los nervios.

—Cuando te llamé acababa de salir de casa de mi tío —empezó a relatar—. Fui a decirle que no pensaba seguir en Sa Badia para darle tiempo a buscar un sustituto. No le hablé de mi proyecto, por supuesto, y estaba muy contenta porque él se lo había tomado tan bien... Pero resulta que sólo me estaba haciendo la pelota. En cuanto me marché, fue volando a casa de Dylan y se encaró con él.

—*¿Cómo dices? ¿Que hizo qué?*

—¡Se encaró con él, como lo oyes, sí! Lo acusó de que la idea de dejar el restaurante era cosa suya y no mía. ¡Imagínate qué cara más dura!

—*¡No me lo puedo creer!* —exclamó Tina, empezando a sentirse tan enfadada como Andy.

—Pues créetelo. Y no contento con eso, lo amenazó para que me hiciera recapacitar. ¡¿No te parece alucinante?! ¡Te juro que...! —Andy soltó el aire por la nariz como si fuera un toro a punto de embestir—. Mejor me callo.

La perplejidad de Tina hizo que el silencio fuera largo. El suceso le parecía alucinante, pero, realmente, no era inesperado. De Pau Estellés podía esperarse cualquier cosa. Lo que no lograba entender era que hubiera involucrado a Dylan. Era ridículo pensar que la idea provenía de él. Tanto como esperar que el irlandés se dejaría avasallar por el tío de su novia. Y, mal que le pesara admitirlo, Pau era lo bastante inteligente como para deducirlo él solito.

—*¿Amenazarlo? Menuda estupidez. Perdona que te diga, pero tu “máquina” no me parece de la clase de hombre que se deja amenazar así como así... En fin, me gustaría decirte que me extraña, pero es tu tío. De él no me extraña nada.*

—Sí, eso fue lo primero que pensé pero, por lo visto, sí que tiene con qué amenazarlo...

—*¿Pero qué dices?! Será otras de sus maniobras, Andy. ¿Cómo va a tener razones para amenazarlo si apenas se conocen?*

Andy sacudió la cabeza. Cada vez que tomaba conciencia de lo estúpida que había sido, la invadían impulsos homicidas.

—Se conocían de antes, Tina. Resulta que mi querido tío fue a verlo a Niza donde, al parecer, intercambiaron amenazas en las que según creo también está metido el padre de mi exjefe... —Andy soltó un bufido. Sentía el rostro ardiendo y los ojos le quemaban por dentro—. Dylan me ha mentado, Tina. Ha estado mintiéndome todo el tiempo.

Tina se quedó en blanco, sin saber qué decir ni qué pensar sobre lo que estaba oyendo.

—¿Y sabes lo más gracioso? —continuó Andy, cada vez más furiosa—. Que cuando ha venido a verme después de que yo me fuera de su casa, y le he dicho que no quería hablar del tema, se ha limitado a responder “como quieras” y a largarse sin más. ¡¿Te lo puedes creer? Estoy que muerdo!

—*Nena, no entiendo nada... ¿Qué dices de que te ha mentado? ¿Cómo sabes tú eso? Explícamelo con calma, por favor...*

Durante los siguientes instantes Andy le relató a su amiga lo sucedido aquel día. Con cada palabra que oía, una parte de Tina se sentía cada vez más estúpida por haberle dedicado su atención a alguien que, evidentemente, no se lo merecía. Estúpida y crédula.

Pero la otra parte de Tina, la que llevaba entre los Avery muchos años y quería a Andy como si fuera de su propia sangre, no podía hacer algo distinto de lo que hizo; decirle lo que necesitaba oír.

—*Te estás precipitando, Andy. De lo de tu tío no voy a decir nada porque... Bueno, es tu familia y no quiero pasarme de sincera, pero no estás manejando bien el tema con Dylan...*

—*¿No?! ¡Suerte tiene de que me haya ido sin decir ni mu!*

—*Mira, no sé qué ha sucedido entre tu tío y él. No sé qué hay de cierto entre lo que has oído y lo que realmente pasó, pero lo que sí sé es que Dylan lo ha dejado todo y se ha ido a Menorca por ti. Y de que le importas, no creo que a estas alturas tengas dudas ni siquiera tú. Sé que estás cabreada, nena. Te ha mentado, o eso parece, y no lo soportas, pero se merece*

que le des la oportunidad de explicarse. Si no se lo merece él, después de todo lo que ha hecho para que podáis estar juntos, ¿quién, Andy?

Mientras tanto, en Londres...

Niilo se despidió del dependiente de la joyería y volvió a guardar el móvil. Golpeó una vez más la puerta del piso de Conor sin obtener ninguna respuesta.

Después de acabar de trabajar, el motero había ido directamente a casa de su colega cuando el primer intento de llamarlo había dado por resultado que saltara el buzón de voz. Llevaba allí un buen rato, ya que al principio había pensado que él estaría dentro lamiéndose las heridas en privado y que por eso no abría. Pero ante la continua falta de respuesta, había llamado al MidWay. Así se había enterado de que no habían vuelto a verlo desde su discusión con Ike. Cada vez más alarmado, Niilo había conseguido el número de teléfono de la joyería y los había llamado. Estaba a punto de colgar, cuando atendieron; Conor no había acudido a su cita con ellos ni había llamado para cancelar.

Llegados a este punto, Niilo empezaba a estar seriamente preocupado. Pero se resistía a caer en el tremendismo. Lo más seguro era que su colega estuviera ahogando las penas en algún bar donde nadie lo conocía, y que no se hubiera dado cuenta, como era habitual en él, de que sus huidas en busca de soledad dejaban tras de sí a mucha gente preocupada.

Volvió a intentarlo con la puerta de su casa una vez más.

—¡Venga, Conor. Ya sé que no estás de humor, pero tío, así no puedes seguir! —exclamó al tiempo que pegaba su dedo al timbre.

Entonces, oyó que alguien le hablaba.

—Oiga, joven, me parece que su amigo no está —dijo la vecina que vivía en el piso de enfrente.

Niilo, algo incómodo, miró a la mujer que tenía pinta de saberse vida y obra de todos los habitantes del edificio.

—¿Está segura? Es que tampoco responde al móvil...

—Sí, estoy bastante segura de que no está, joven. Su amigo suele llegar más tarde y, perdone que le diga, no es precisamente silencioso —repuso la mujer, con una sonrisa de viejecita amable.

Tras agradecerle la información, Niilo entró en el ascensor. No se fiaba de Conor ni de su humor, pero aquella mujer daba la impresión de saber de lo que hablaba. Volvió a sacar su móvil para efectuar una nueva llamada.

Evel todavía seguía en su oficina aunque ya no estaba solo, Abby estaba con él.

—¿Qué hay Niilo?

—No sé qué decirte —repuso el motero sin molestarse en ocultar su preocupación. Evel frunció el ceño, extrañado de oírlo hablar así—. Conor no atiende el móvil. En su casa no está y tampoco ha acudido a la cita que tenía en la joyería...

Al dueño de Rowley Customs tampoco le daba buena espina que, de pronto, Conor pareciera haberse borrado del mapa, pero, al igual que Niilo, se resistía a pensar en lo peor.

—A lo mejor ha ido al MidWay...

—Acabo de llamar y según Maverick no ha asomado sus rastas por allí desde el sábado.

—¿Le habrá pasado algo?

El motero exhaló un suspiro.

—Tío, espero que no, pero ¿dónde coño se ha metido? ¿Tienes el teléfono de sus padres?

A lo mejor ellos saben algo.

—¿Y si no lo saben? Vamos a ser más los que están de los nervios por la falta de noticias...

En eso tenía razón, pensó el motero, pero algo había que hacer.

—Bueno, si llamas tú quizás se preocupen, pero si llamo yo haciéndome el despistado, a lo mejor cuela... Podría intentarlo —ofreció Niilo.

Para entonces la lista de personas intranquilas había ascendido a tres ya que Abby seguía con atención la conversación de su marido. Lo vio negar con la cabeza y ponerse de pie.

—No, llamo yo —dijo Evel—. Ya se me ocurrirá alguna excusa.

Para los padres de Conor, sin embargo, no habría sido ninguna sorpresa recibir la llamada de Evel. Tras el accidente, la policía se había puesto en contacto con el número marcado para emergencias del móvil de su hijo. La llamada había pillado a Owen en medio de una reunión que él había convocado y de la que se marchó a toda prisa sin tiempo para explicaciones. Camino del hospital le había avisado a Susan quien había tomado un taxi. Prácticamente, habían llegado al mismo tiempo. Y ahora estaban allí, en una sala atestada de gente que iba de un lado a otro esperando lo mismo que esperaban ellos, alguna noticia sobre su ser querido.

Susan apenas había hecho algún comentario, se la veía pendiente del ir y venir del personal sanitario y Owen sabía que era cuestión de tiempo que perdiera los nervios y empezara a exigir información a gritos. De modo que se acercó por cuarta vez al mostrador de información. Esta vez estaba dispuesto a no regresar con las manos vacías.

La conversación con la persona de turno se inició de la misma manera que las otras veces.

—Señor, ya le he dicho que en cuanto tenga alguna información se la daré. Lo están atendiendo, es todo cuanto puedo decirle.

Pero en esta ocasión no acabó igual, ya que sin que Owen tuviera tiempo para darse cuenta, la respuesta llegó desde algún punto, detrás de él, y no fue cordial.

—¿Pero qué clase de monstruo insensible es usted, señora?! Tienen a mi hijo allí dentro desde hace rato y nadie ha dicho ni pio. No sabemos nada. Ni detalles del accidente ni si está vivo o muerto. ¡Nada!

Susan gritaba y gesticulaba. Pronto, se vieron rodeados de varias personas reclamando que también se les negaba información, que se les atendía de mal talante, como si molestaran. A pesar de los intentos de Owen por calmar a su esposa, Susan continuó cada vez más ofuscada.

—¡Y que sepa que si usted no me responde, ahora mismo me pondré a abrir cada puerta de esta planta hasta dar con mi hijo y alguien que me explique lo que está pasando. Así que le recomiendo que empiece hablar ya mismo!

—¡Y lo mismo le digo yo! —intervino el hombre de una pareja de ancianos que llevaba horas esperando que le dejaran ver a su nieta. Y así se sucedió una queja tras otra hasta que la enfermera, resignada, tomó el auricular. Cuando colgó, miró a los padres de Conor muy seria.

—Están con él en este momento. Lo están atendiendo, señora. Me han dicho que su hijo estaba consciente cuando lo trajeron. Lo lamento mucho, no he podido averiguar nada más.

Para Susan aquellas palabras fueron el oxígeno que la devolvió a la vida. Se llevó las manos al pecho dándole gracias a Dios por esas mínimas noticias y muy pronto, las primeras lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Owen la estrechó con fuerza.

—Tranquila, tranquila —le dijo al oído—. Tu hijo es fuerte, ya verás como todo sale bien...

En aquel momento, el móvil de Owen empezó a sonar. La primera de muchas llamadas que recibiría en las próximas horas cuando la noticia del accidente empezara a circular entre amigos y familiares. Él miró la pantalla del móvil y luego a su esposa.

—Es el jefe de Conor, cariño... —anunció, y se apartó a un rincón menos concurrido para poder hablar con tranquilidad.

Casa de Dylan Mitchell.

Cala Morell.

Ciudadela, Menorca.

“No quiero hablar del tema y tampoco quiero que vayas a mi casa”.

Claro, cómo no.

“Y de paso, si cae un rayo y te parte al medio, mejor. Así me ahorro el trabajo de hacerlo yo”.

Andy no lo había dicho, pero de que lo pensaba, Dylan estaba totalmente seguro. Apretó los dientes en torno al filtro del cigarrillo, lo encendió y exhaló el humo de golpe.

Que ella tenía su genio no era ninguna novedad, pero le estaba costando encajar su reacción.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y añadió el tomate picado finamente a la sartén. Tras la no-discusión con su chica (¿o ya era ex chica por decisión unilateral?), se había puesto a desembalar las cajas de la mudanza que quedaban. Y dado que al terminar estaba tan cabreado como antes de empezar, se había refugiado en su santuario personal, a ver si el aroma de las especias obraba el milagro de siempre. Pero, de momento, tampoco estaba funcionando. Su mente seguía erre que erre martilleando el mismo clavo. Y lo peor, su enfado crecía con la misma insistencia.

¿Quién reaccionaba de esa forma? De pronto, había tenido la sensación de estar lidiando con una adolescente consentida y marcharse le había resultado casi una necesidad.

Si se quedaba, habría acabado diciendo en voz alta lo que pensaba y eso habría empeorado las cosas. En ese momento le había parecido lo mejor, pero ahora...

Dylan soltó un bufido. Dio otra calada al cigarrillo y lo aplastó con fuerza contra el cenicero de cristal. Sacudió un poco la sartén. Lo único que le faltaba era que se le estropeará el plato por estar pensando en mujeres adultas que tienen pataletas como si fueran jodidas crías de quince años.

¿Acaso pensaba que él había mantenido la boca cerrada porque le tenía miedo al mafioso de su tío? ¿Que había estado tramando algo a sus espaldas? ¿Que intentaba manipularla? Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, joder.

Pero claro, “una mentira es una mentira para una amante de la verdad absoluta”. Hay que joderse con los arranques de cría, pensó rabioso.

El olor a quemado vino a completar el cuadro. Dylan arrojó la sartén dentro del fregadero haciendo que parte del contenido salpicara las relucientes superficies metálicas de la ultra moderna cocina.

Tomó su cazadora y avanzó por el pasillo con la actitud de un ejército en plena carga.

¿Quieres verdades? Muy bien, tendrás verdades.

Abrió la puerta con fuerza y se encontró con Andy al otro lado. Ella intentó disimular su sorpresa apartando la vista. Retiró la mano con la que sostenía la llave y se la puso en el bolsillo. Cuando el silencio se le hizo insoportable, alzó la mirada. Pudo comprobar que él estaba tan enfadado como ella. Las pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros y no grises. Nunca la había mirado con tanta dureza.

A Andy le pesaba esa mirada y deseó que nada de todo aquello hubiera ocurrido, pero había ocurrido.

Y no era ella quien había mentido.

Los ojos de Andy mostraron tanta dureza como los de Dylan cuando rompió el silencio.

—¿Podemos hablar?

¿Así que esas tenemos? Fue como si Dylan lo hubiera dicho en voz alta.

—*Por favor* —repuso el irlandés. Tras lo cual retrocedió al tiempo que abría la puerta del todo para dejarla pasar.

© 2018 Patricia Sutherland.

Los moteros del MidWay, 2

Episodio 1.

www.jeraromance.com

Información completa y puntos de venta aquí:

[Jera Romance](http://www.jeraromance.com)